

Episodio con potaílo de de castañas, güevos rotos y Don Evaristo

Antonio Serrano.

Si tuvo usted las pasadas navidades en su despensa un puñao membrillos, un puñao castañas, otro de boniatos y algunos peros, sin lugar a duda fue un afortunado que pudo elaborar el más tradicional, el más sano y el más autóctono de los platos de cocina durqueña junto al potaje de collejas y habicholones con majao de almendras fritas, ajos y picatoste. Créame, en mi mesa de Navidad lleva setenta y dos años sin faltar, en la de mis padres ochenta y tres y en la de mis abuelos... pare usted de contar. Es tan ancestral como necesario se hizo adaptar la comida a la abstinencia o vigilia de Pascua. Los niños de los cincuenta cenábamos potaje de garbanzos con acelgas, unas tajadas de bacalao frito, el potaílo de castañas y a recorrer las calles con zambombas y carrañacas cantando villancicos. En una época donde lo primordial era sobrevivir faltaba campo para sembrar lo sustancial y sobraba, porque no hacía falta, para criar lo superfluo. Quiero decir que si al primer golpe de despensa hallaste los ingredientes (entonces no los encontrabas ni a los diez golpes de Alhacena) no te faltó felicidad en pascua. La fruta era un lujo que sólo se permitía si poseías los suficientes marjales de regadío para comer. Así, era habitual que los vecinos cultivaran lo que bien se vendía, ayudara la familia con lo que tenía o se rebuscara en el otoño, pasados los Santos, presente el tiempo de rota, lo que las copas de los árboles por inaccesibles mantenían. Mi madre se hacía por estas fechas de una caja de caquis y otra de manzanas con las que daba la papilla de la tarde al bebé que correspondiera pues siempre había alguno, ya que fuimos siete. Ni que decir tiene que estas frutas aparecían y desaparecían en un santiamén, en cambio, las del potaílo, se preservaban de esa voracidad, no por falta de ganas. Aun así, como lo normal era que por pascua no quedaran ni los rabillos, la familia, la buena vecindad, el saqueado bolsillo y la habilidad de los chiquillos para trepar a los árboles rebuscando lo abandonado, hacían posible el milagro de una mesa como Dios manda. En mi casa siempre contábamos con la colaboración de mi tío el Rubio Jiménez, que criaba unos peros riquísimos de Ronda y de limón en el Barranco los Alisos de la Dehesa. Tampoco faltaba, si se helaban los de la sierra, la

ayuda de mi vecina Antonia la Vázquez que los tenía en su finca de Marchena. Las castañas, bien más preciado y menos abundante lo comprábamos a Elena Morales, dueña de una hermosa propiedad en la Loma los Castaños de la Magara, y que aguantaban frescas hasta navidad dejándolas en los erizos o enterrándolas en arena. La canela en rama se quitaba del lote de especias de la matanza y se repartía entre el potaílo y el arroz con leche, también imprescindible en Noche Buena. Los membrillos corrían siempre a cargo de los zagalones de turno. Cuando me llegó a mí me apliqué el método de la hormiguita: había a todo lo largo de la acequia de Mahina, a su paso por la Cañá los Servos una frondosa hilera de membrillos del marqués dando al camino que, a falta de poda, alcanzaba los elementos. Pasaba yo con frecuencia camino del banal del Picón montado en la burra; la paraba en este punto, me ponía de pie sobre el lomo y dejaba caer en los cuones del serón dos o tres frutos de las copas más inalcanzables. Cualquier lector moderno puede pensar que le hablo de un estrambótico malabarismo circense pero eran acrobacias de supervivencia normales y corrientes en aquellos años. Yo tenía por íntimo amigo un vecino aparcerero con el que compartía las tareas propias de la edad como eran arrimar colgaos de verde: ramonizas o coles para las cabras; matas de cerraicas, amapolas, copoaceites, cartón, uncia, Pasto, cañota, jaramagos, cañamones... para los conejos y espuestas de caoneiras (cagajones de mulos) con que acrecentar la pila de estiércol del corral.

Aquella mañana mi aparcerero y yo partimos a rebuscar membrillos no recolectados. Yo, generoso, compartí con él mi niche del marqués y él en reconocimiento escogió la escalada. Por el camino nos cayeron cuatro gotas que no nos mojaron porque con el saquillo que cada uno llevábamos para la cosecha nos tapamos juntando un pico con otro haciendo una especie de capucha de fraile, pero a las albarquillas se les adhirió alguna que otra pella de barro. Apenas llegó a tocar con los dedos la fruta cuando un "refalón" lo deslizó tronco abajo apretadas las piernas, rompiéndose por la mitad los calzones cortos con



Evaristo Pérez carrillo fue médico en Dúrcal desde 1904 a 1960. Nació en Nigüelas en 1880 y falleció en Dúrcal en 1968.

una tarama seca, de punta, rajándole la bolsa de los testículos. Los gritos llegaban al cementerio. Apareció lejano un campesino por la vereda del Peñón de los Moros voceando: -¿Qué pasa? -¡Que sa roto los güevos -¡Si no es tiempo de nidos; -¡son los de los niños, estos; gritaba yo señalando mi entrepierna. Arrancó a correr y, a la velocidad que marcaban las circunstancias cogió a mi amigo en brazos. Poco después entrábamos en casa de don Evaristo. Urgentemente nos dirigió a la consulta, sentó al campesino con el niño tumbado bocarriba en sus rodillas y pidió que lo sujetara con firmeza; éste lo trabó como a un marranillo y el doctor rogó por favor a mi amigo que no se moviera y no chillara porque le dolería más. Llamó a la criada que se presentó con agua limpia y le mandó aviso a la madre. Don Evaristo, con la tranquilidad de quien no hace la cosa procedió al lavado. Poco a poco, aquella bola blanquecina que yo vi asomar entre la piel nada más ocurrir el porrazo y que me pareció un hueso, iba tomando el aspecto de las criadillas que el veterinario alargaba a mi madre en un platillo mientras capaba el cerdo sujeto tenazmente por mi padre, o aquellas que hermosaban los puestos de carne de borrego colgadas a pares, como zapatitos de niño, en alcayatas. Mi madre, fiel al dicho "del marrano hasta los andares" las repartía entre los pequeños porque las necesitaban más para el desarrollo del

"celebro". Éstos abrían el gaznate como pajarillos y los demás disimulábamos la apetencia haciéndoles ascos. Tras observar con ojo clínico la herida afirmó nuestro médico: -El daño está en la epidermis. A mí se me vino el cielo encima. Si los doctores llamaban siempre a las cosas con nombres raros imagínate al sexo, que los hombres y los mozuelos decían "pecaos mu gordos" cuando lo nombraban y al que los niños decíamos "la gurrina" so pena de ganarnos un morrillazo morrocotudo. Además, lo acompañaba el artículo "la". Aacababa de aprender en la escuela el género gramatical, y la primera contrariedad que descubrió mi cabeza (que no sé por qué los niños todo lo comparábamos con el sexo) fue que el órgano masculino por excelencia tenía género femenino y el órgano femenino, género masculino. Quién me iba a decir a mí que esta reflexión de mi infancia iba a traer de cabeza en el siglo XXI a políticos, gramáticos y feministas con el dilema de si "violencia machista o de género". En un momento breve que se volvió don Evaristo a sus instrumentos observé la gurrina de mi amigo que efectivamente no estaba; me alarmé, se lo dije bajito al campesino, lo que no evitó que me oyera el herido. Éste gimio y, el paciente doctor intervino diciendo: -tranquilo, eso es como los caracoles, cuando ven peligro esconden la cabeza. En este caso debía estar escondida la cabeza y el pescuezo. A esto se volvió el galeno con la aguja enhebrada; ahora el que gemía era yo echándome manos a los genitales y experimentando un dolor como si me los cosieran. El doctor me indicó silencio, él, con mano temblorosa pero cierta empezó la sutura; mi amigo aguantaba sudando pero quieto y yo me encogía de espaldas atragantándome con gimoteos contenidos. De pronto una sarta de alaridos cada vez más ensordecedores invadió la Placeta el Zacatín; la criada asomó por la consulta sujetando a la madre; don Evaristo restó importancia al suceso, indicó a la criada que nos retirara a los dos a la cocina y añadió: -Ah, a ése dale dos galletas. Me turbé y explicó sonriendo: -Una para ti y otra para tu amigo. La criada suministró a la madre media jarra de tila y un narcótico mientras que a mí me conformó con un vaso de churre del que nos echaban a los niños del pueblo cuando elabo-

raba el queso el señorito Enrique, en los jarritos "entangarillaos" por los lateros ambulantes del Padul con las latas de leche condensada que se gastaban para alimento infantil. Semialiviada con el brebaje la madre y, yo repuesto con una galleta grande de máquina de picar carne, me dijo confidencial: - No le cuentes a los niños lo que le ha pasado. Cumplí mi promesa y por eso no os he dicho ni os diré el nombre de mi aparcerero. Lo malo fue que en el colegio, a la segunda falta de mi compañero de pupitre, el maestro me preguntó por él. Me excusé diciendo que no lo había visto. Me pidió que pasara por su casa y le llevara noticias al día siguiente. Le conté a mi madre el problema y ella lo solucionó diciendo: - Cuando te pregunte te contestas que se ha rajado sus partes. Así ocurrió y los niños no se enteraron; el maestro se descompuso, los alumnos intuían que era algo tremendo, yo, para quitarle importancia, le dije que el médico le había cosido la epidermis y estaba casi bueno. -¿Toda la piel? Preguntó el maestro. -Sí, contesté yo. A la tarde por el pueblo se comentaba según dijeron los niños, que don Evaristo, a quien el mismísimo Fray Leopoldo, vivo y en persona, hizo el milagro de curarle los ataques epilépticos por el cuidado que le prestó en casa del marqués cuando, el fraile, pidiendo limosna por Dúrcal, tuvo que refugiarse tres días atacado de gripe, había cosido la piel de un niño rajado en dos y se estaba recuperando: o era el mejor médico del mundo o el santo más grande de la tierra. Con los años me asaltó la duda de si mi amigo podría tener hijos; tuvo niño y niña y, como todos los de esa época que atinaban emparejando, no quiso más cuentas con la cigüeña. Bastante hubo con nuestros antepasados. No sé si fue milagro del santo doctor que no cobraba consulta a los pobres, aquel que se encerró en la ermita de san Blas con los enfermos de la pandemia cuando el "Pieo Verde", el mismo que a los padres de familia enfermos necesitados dejaba bajo la almohada dinero para medicinas y alimento de los chiquillos... el que entraba en las casas con la jaculatoria "Ave María Purísima", el que, como un rey mago, a caballo y con capa española, repartía por los hogares de Dúrcal y Nigüelas, no juguetes, que se tenían por lujo, sino salud y alimentos: lo que hoy también necesitamos.